

WAGNERIANA CASTELLANA N° 71 AÑO 2009

TEMA 6: CANTANTES, INTÉRPRETES, DIRECTORES

TÍTULO: “MEMORIAS” DE LEO SLEZAK (Y II)

AUTOR: *Leo Slezak*

#### EMPIEZA DEL CUENTO DE HADAS DE MI VIDA:

El 15 de Septiembre empezó mi contrato en Breslau, el 16 de Septiembre me fue asignado “Tannhäuser”. En todos los Teatros, también en los grandes, era ley que los cantantes que tenían la noche libre participasen en el segundo acto de “Tannhäuser” como huéspedes del Landgrave en el Wartburg, para dar al conjunto, con sus nobles movimientos, un marco de nobleza.

Después que todos los cantantes hubiesen entrado en la sala, llegué yo, el último, saludé al Landgrave y a Elisabeth, me volví hacia el círculo de los caballeros y las damas y también los saludé.

De repente se cortó mi respiración. En el estrado vi una maravillosa doncella con un traje azul celeste, cabello rubio ceniza, un rostro deliciosamente hermoso y grandes ojos azules. Fascinado por esta visión estuve a punto de olvidar mi actuación, la mire durante tanto rato que todos lo advirtieron. Finalmente al escuchar que mi música terminaba me sobrepuse y con torpeza me dirigí a mi lugar.

En el último acto me preparé para mi relato de Roma. Alguien le dijo a ella que debía escucharlo. Así al terminar se acercó. La saludé, me presenté, ella dijo “Wertheim”. Me embargó una desbordante alegría, dije tonterías, la felicite por tener que respirar el mismo aire que yo. Se ríó mucho y el comentario que sobre mí hizo al regidor, fue: “Es un cachorro.”

Naturalmente pregunté con mucho interés quién era, me dieron la información: “Es nuestra dama joven romántica, nuestra Margarita, Clarisa, Juana de Arco, Desdèmona, o sea nuestra Wertheim, una magnífica actriz, originaria de una familia patricia de Viena. Es distinta a las demás, no tiene aires de teatro y es respetada por todos sus colegas por su amabilidad y su distinción.”

Se estaba dando la comedia: “Un Vaso de Agua”, ella hacía la Reina Ana de Inglaterra de manera tan encantadora e irresistible que salí del Teatro fascinado, me dirigí a una floristería cercana y le mande un par de rosas al camerino. En el cartel de ensayos leí:

“Viaje de Novios – Ensayo de escena con accesorios – A las 10” Entre otros aparecía la Srta. Wertheim. A las 10 menos cuarto estaba en la puerta del escenario. Nunca tuve el don de vestirme adecuadamente. En mi vida privada no daba ninguna importancia a mi aspecto, y debí dejar tras de mí unas impresiones muy personales. Este día llevaba unos pantalones a cuadros negros y blancos, un chaleco azul y una americana de terciopelo marrón, una fina camisa blanca con el cuello a lo Schiller y una corbata Lavalier de color azul. Además de todo esto un bombín gris, pelo muy largo que cada cinco minutos echaba para atrás en un rápido movimiento de cabeza, sacándome y volviéndome a poner el sombrero de la manera más tonta.

Así que llegó me acerque rápidamente a ella y dije con vehemencia: “Señorita, cáseme conmigo, la quiero.” Ella lanzó una carcajada, ya que en tres minutos me saqué y me puse el sombrero ocho veces. Me tomó por un loco. Dejé claro que no lo era, que yo era una persona seria. “Pero querida señorita, es que usted está para comérsela, es tan encantadora que debe casarse conmigo.” Dieron las 10, tuvo que marcharse al ensayo.

Me senté en la oscura platea, la contemplé y dejé que el dulce veneno del amor penetrara en mi alma. Al terminar el ensayo estuve de nuevo en mi puesto y le pregunté si podía acompañarla a casa. Se negó, no me tomaba en serio, estaba firmemente convencida de encontrarse ante un loco, cosa que sucede a menudo entre los tenores.

Me dirigí a la esposa de nuestro asesor artístico y le expliqué el amor que sentía por la Srta. Wertheim, le rogué que nos invitase alguna vez juntos, cosa que hizo encantada, ya que desde siempre una de las debilidades de las mujeres es la de ser casamenteras.

Entre tanto yo me pasaba la vida en la calle, permanecía esperando en todas las esquinas para verla pasar y acercarme a saludarla. No me atrevía a más ya que seguía rechazando que la acompañase.

Llegó la noche de la invitación, me puse muy elegante. Este verano tuve que hacerme un frac y un smoking en Viena, así me puse el smoking, zapatos de charol y una camisa de pechera almidonada que cada vez que me sentaba se subía hasta el cuello, debiendo restituirla a su sitio con un golpe de mano. Hice que me cortasen el pelo – entonces lo tenía rizado - y adquirí un aspecto muy respetable.

Se dio cuenta que me había arreglado para ella; le dije que debía ser mi mujer ya que ningún otro hombre en el mundo podría quererla tanto como yo; tendría cada día su cena caliente, y así una broma siguió a otra. Se ríe mucho, y como quizás durante la noche, de

vez en cuando, dije algo sensato, pareció no estar tan convencida de encontrarse ante un loco y que quizá debería tomarme más en serio.

Como además de con el dueño de la casa, hable de mi amor por la Srta: Wertheim con todo el mundo del Teatro, nos invitaron a menudo a los dos juntos, nos sentaban uno al lado del otro y yo me sentía en el cielo. Cuando vi que ella prefería que estuviese serio en vez de dedicarme a explicar ocurrencias chistosas, empecé a hablar sensatamente, haciendo planes de lo que le compraría cuando estuviésemos casados. La máscara jocosa cayó y en su lugar apareció la calidez del corazón, lo cual hizo que ella también se dulcificara.

Le dije como la llevaría sobre la palma de mis manos, como me ocuparía de ella y como la rodearía de un intenso amor. Con esto quizás descubrió como era yo realmente, y cuando le volví a preguntar si quería ser mi mujer contestó: “Me lo pensaré, ahora vendrán de Viena mi madre y mis hermanas, para pasar unos meses conmigo, entonces veremos que pasa.” Cada día le mandaba un ramito de violetas, – flores más caras no las admitía - le escribía cada día tres cartas de 16 páginas, y me ponía a temblar cuando pensaba en la madre.

Mi casero, al cual había alquilado dos habitaciones amuebladas, era pintor. ¡Un pintor horrible! Me pintó y expuso el cuadro en el escaparate de un comercio de tabacos de la calle Schweidnitzer.

Naturalmente no era un secreto que el primer tenor estaba locamente enamorado de la primera dama y que quería casarse con ella. Así cuando llegó la madre la llevaron ante mi retrato y le dijeron: “Su yerno”. La madre gritó: “¡Jesús, esto es horrible!”. No quiero ser más explícito. Tras haber tenido algunas normales conversaciones con la madre, cuando le pedí la mano de Liserl, le preguntó: “Bueno, ¿te gusta?” “No lo se mamá, cuando está aquí sí ... cuando no está ...no.”

Después de todos los posibles rechazos y aceptaciones, llegó al momento en que pudo aparecer en los periódicos: “Elsa Wertheim – Leo Slezak - prometidos.” He calificado específicamente mi época de noviazgo con la palabra “mejorable”, y encuentro absurdo el versito que habla del noviazgo como de la época más feliz de la vida. Hasta sin estos variados e imprevisibles problemas, esta época es para una persona sensible una pesada incomodidad.

A las diez menos cuarto de la noche me entregaban el sombrero y me mandaban fuera. Alguna vez no quería ir directamente a casa y visitaba la reunión de los colegas que

siempre se daba tras el Teatro. Era bastante normal burlarse de un novio tan enamorado, cosa que con mi consagrada timidez aceptaba bastante mal. Así, finalmente pedí a mis camaradas, quizás en un tono demasiado serio, que dejaran de hacerlo y que no profanasen el nombre de mi novia en la mesa de la cervecería. Primero lo recibieron con irónicas sonrisas, pero después fue estrictamente respetado.

Solo un colega, un vienés, descarado y con poco tacto, no atendió mi petición e hizo un comentario desagradable. Me levanté, le di dos bofetadas, me puse el abrigo y me marché.

Todo el mundo mostraba poco respeto por la gente de teatro. Cuando, como es costumbre, iba con mi novia cogida del brazo por la calle, y alguien se daba vuelta para mirarla – ella era digna de darse vuelta - le soltaba el brazo, me dirigía al individuo y le preguntaba con potente voz y ojos desorbitados: “¿Desea usted algo?”. Mi aparición hercúlea y mi gesto amenazador no aconsejaban “desear” nada y seguían adelante con una disculpa.

Cuando comíamos en la fonda, si imaginaba que alguien la miraba demasiado fijamente, era suficiente para que me dirigiese al interfecto y llevándolo al lavabo darle un par de bofetadas.

Me sorprende que estas cosas sucediesen sin recibir yo algún castigo.

Tras cada una de estas escenas el noviazgo se rompía, se me calificaba de bruto, ante el cual sentía miedo. Conseguir que el noviazgo continuase costaba grandes esfuerzos. Esto era la sensibilidad enfermiza que llevaba consigo la soleada y afectuosa etapa del noviazgo. Por suerte esta duro solo seis semanas, si hubiese durado un año lo más seguro es que habría ido a parar a la celda acolchada de los locos peligrosos.

Mi Liserl era tan juiciosa que como mujer casada no quiso continuar en el teatro. Seis día antes de la boda me ofreció este sacrificio, despidiéndose como Juana de Arco en “La Doncella de Orleáns”. Como yo no confiaba mucho en la esplendidez y generosidad de la gente de Breslau, y quería que la despedida fuese muy festejada, encargué unas diez coronas de laurel con unas cintas en las que se leía: “Un secreto admirador”, “Una familia maravillada”, “Una Asociación Wertheim”, todas anónimas. En una tarjeta puse un verso: “Hasta hoy has hecho felices a miles, hoy terminas, para hacer feliz solo a uno.” En mi corona escribí, parodiando las últimas palabras de Juana: “Otro cielo abre sus puertas, la dura armadura se convierte en galas nupciales y en este enlace florece la alegría eterna.”

Al llegar al final, yo me encontraba en el primer bastidor, delante de mí estaba mi Director el Dr Loewe. Lo cogí por los hombros, lo levanté y lo situé detrás de mí, ya que lo que yo quería era escuchar claramente sus últimas palabras en escena y ver su querido rostro.

La gente de Breslau me avergonzó. La ovación final fue atronadora. Un mar de flores inundó la escena. Por el agujero del telón vi muchos rostros emocionados y muchos ojos húmedos. Yo también estaba descompuesto. Liserl estaba allí conmovida y algo resignada. Para ella este no era un momento fácil, ya que era una artista de cuerpo entero.

Después de la representación las flores fueron llevadas al vestíbulo del Hotel Monopol, delante del Teatro, para poder verlas todas antes de comer. Al contemplarlas empezó a reír a carcajadas, y la madre dijo suavemente: "Todas son de Leo". Le di un codazo, ya que cerca había periodistas. Entonces Elsa me susurró al oído: "Cuando uno de Breslau regala algo, nunca lo hace en el anonimato." Tardé mucho en perdonarme mi culpa.

Finalmente llegó el anhelado 15 de Febrero: el día de la boda.

Un colega cantó el Canto de Rut. El texto dice: "Allí donde tú vayas yo iré también, donde tú mueras querré yo ser enterrado." Esto para nosotros ha sido una realidad.

Cuando nuestras manos se juntaron, al ponernos los anillos, un rayo de sol salió de entre las nubes e iluminó el altar. Fue la gracia de Dios hecha visible. Después de la ceremonia volvimos a pasar por la vía triunfal hasta el banquete de boda.

Después de la comida desaparecimos pronto, lleve a mi querida esposa a casa, según la costumbre le saque la corona de su cabeza y fue mía ... mía hasta la muerte. No creo pudiera existir en la tierra otro hombre tan feliz como yo.

Queridos hijos, esta fue nuestra boda. En este 15 de Febrero empezó el maravilloso milagro que Dios me ha concedido, el maravilloso cuento de hadas de mi vida, al que permaneció fiel hasta que tuve que cerrarle sus bellos y bondadosos ojos.

Me concedieron ocho días de permiso que los pasamos en Berlin. Vueltos a casa, sobre nosotros cayó paz y felicidad.

Un dialogo mantenido durante la boda por nuestra madre es impagable. "Mi buena Sra. von Wertheim, puede usted relamerse los dedos que su hija haya conseguido a Leo, este hombre posee millones."

"¿Dónde los tiene?"

"En su garganta."

## ANECDOTAS WAGNERIANAS

El empleado del Teatro, Krings, quién desde mis comentarios en el café captó mi posición de aprendiz en vías de provocar un escándalo que salpicaría la casa, habló conmigo en un tono que me dejó con la boca abierta ... y me entregó el libretto de un papel. Yo apreciaba al viejo y él a mi también. Era una mezcla de Guarda de Corps – Agente de Policía, un blando corazón en una ruda cáscara. Me dio el papel del Vogelgesang de “Los Maestros Cantores”. Furioso se lo devolví inmediatamente: “Esto no lo haré, estoy contratado como primer tenor, pueden no dejarme actuar, pero no degradarme de esta manera.”

Entonces Krings me dijo confidencialmente: “Joven, no haga esto, el Consejero es un tipo repugnante que podría buscarle problemas.”

“Es igual Krings, dígame que rechazó y devuelvo el papel, pueden dárselo a un miembro del coro.”

Krings se encogió de hombros y susurró: “Me parece bien.”

A la mañana siguiente apareció una nota: “Debe presentarse en Intendencia de las 11 a la 1.”

Acudí. Me hicieron esperar dos horas, al fin me encontré ante Pierson, un señor desagradable con una mirada muy especial. Miraba de reojo, de una manera que no sabías si te miraba o no. Cogió el libretto y gritó: “Piojoso y miserable joven ... ¿es que está loco? ¿devuelve un papel? ... ¡Fresco! ¡Esto es lo que es usted! Si continua negándose a cantar declararé que ha roto el contrato y entonces ni tan siquiera podrá actuar en un Teatro de monos. ¡Fuera!”

Sin decir palabra me marche a casa del tío Cochiuss para pedir consejo.

“Leo, este hombre puede destrozar tu carrera, hazlo, ya vendrá tu momento, esto no me inquieta.”

Estudí el par de frases y planifiqué mi venganza.

Naturalmente no hubo ningún ensayo. Dirigía Richard Strauss. Mi primera frase era: “¿Estamos reunidos?” Esperé, y cuando mi intervención ya había pasado, canté a plena fuerza como en una aria dramática: “¿Estamos reunidos?!. Richard Strauss hizo un gesto de enfado. Hice lo mismo en todas mis intervenciones. La frase caía del cielo en un momento que no era el indicado.

Tras la representación Richard Strauss le dijo al regidor: “Querido Tetzlaff, no quiero ver más a este joven anti- musical.”

No volví a cantar el papel.

Entonces recibí el Sedicioso Romano Baroncelli de “Rienzi”. De nuevo Strauss en el podio. Como no tenía ni idea de la existencia de este Baroncelli, no sabía lo que debía pasar y le pregunté al ayudante del regidor Braunschweig, un berlinés con mucho humor, cuando debía entrar en el segundo acto. Me dijo: “Muchacho, esto pregúntalo en cuanto al primer acto; todavía no sabemos si haremos el segundo.”

En este acto debía encontrarme, junto al pueblo, delante de la catedral desde donde Rienzi hace el parlamento a sus compatriotas romanos. Ante mi tenía muchos romanos arrodillados, entonces con un golpe en la espalda les hice caer sobre su cara. Se produjo una confusión total.

Tras la caída del telón el regidor me hizo responsable y me acusó públicamente de falta de seriedad y de insolencia infantil. Para castigarme me retiraron el papel de Baroncelli. Estaba desesperado, esperaba otro papel de figurante, que no llegó nunca, por el momento me quedé tranquilo.

Un día leí en el repertorio semanal: “Ensayo de piano – “Euryanthe” ... Señor Kraus.”

Ernst Kraus era entonces un joven tenor wagneriano de buena figura, que sobre todo había tenido un gran éxito con el Siegmund de “La Walkiria”. Tenía una voz muy potente y pronto fue el preferido de Berlín. Era de Munich, había sido repartidor de cerveza, se convirtió en especialista en Wagner, y no daba ningún valor al arte del canto ni a la cantilena. Me compré la partitura de piano de “Euryanthe” y estudié con Fritsch el Adolar, cosa que me causó un gran placer.

Cuando llegaron los ensayos de escena me situé en la oscura platea con mi estudio terminado y lo seguí todo atentamente. Kraus no se encontraba bien en el papel y decía: “No quiero cantar esta m... de jarabe.”. Pero se mantenía en el puesto ya que además del Siegmund y el Siegfried no tenía nada más en su repertorio.

Hasta algunas veces llegaba a no presentarse a los ensayos, alguien debía marcar por él, y así se llegó a los ensayos con orquesta con Richard Strauss en el podio. El joven Strauss ya había llegado a tener un gran renombre como compositor.

En la Ópera de Berlín canté el Walter von der Vogelweide en “Tannhäuser”. El Wolfram lo cantó el “Kammersänger” Buls, auténtico Barón de Buls, anterior oficial de la Guardia de

Potsdam, que ocupaba una posición excepcional ya que a menudo cabalgaba junto al Emperador por el Parque Zoológico. Todos desfallecían de devoción cuando él venía y todos rondaban en su entorno. Él era muy reservado, mantenía una cierta distancia, de vez en cuando era amable y hablaba con unas cortantes palabras de mando. A cada momento decía: “Majestad dijo” – el Su lo dejaba aparte - “Majestad me dijo, Querido Buls ...” y entonces seguía algo insignificante, que no hacía ni reír ni llorar, pero que era dicho con infinidad de detalles dándose enorme importancia. En el ensayo, sentado en mi rincón, me reía viendo el fantástico zoo que el buen Dios tenía.

La voz de Buls era muy bonita, pero no era excepcionalmente musical y lo cantaba todo en un tempo tan lento y arrastrado que a los directores se les erizaba el cabello, pero no se atrevían a decir nada. Así, un “Tannhäuser” con Buls duraba media hora más de lo normal. Canté el Walter von der Vogelweide con el texto alemán, donde Walter canta la aria: “La fuente que nos menciona Wolfram refleja también la luz de mi espíritu.” La canté con una técnica bien trabajada y recibió – cosa rara en Berlín – un aplauso en escena abierta, lo cual molestó visiblemente al Barón. Tampoco se podía salir tras los actos a saludar ante el telón, esto solo podían hacerlo los invitados, por lo tanto la cosa causó una pequeña sensación.

Cuando al terminar el acto nos dirigíamos a nuestros camerinos, Buls me distinguió con unas palabras: “Joven, tiene usted una bonita voz, pero el ataque no es correcto, venga conmigo y le enseñaré lo que es correcto.” Repuse con moderación, dentro del estilo Robinson: “Muchas gracias Sr. Kammersänger, pero estoy muy contento con mi ataque.” Por el momento se quedó sin habla, al ver que alguien se atrevía a hablar con él de esta manera, después en un tono duro dijo: “Aja ... usted pertenece a la clase: No he estudiado nada, pero soy arrogante.” Lo dijo en algo parecido a un dialecto austriaco.

La representación de “Tannhäuser” fue muy buena, aparte los coros que con su canto sincopado nunca lograban ir a la una. Mottl gritó al director del coro alemán, este gritó al maestro italiano diciéndole que su gente era un atajo de bribones musicales, el italiano gritó al francés M. Lefebre, director musical de la Grand Ópera de París, y le hizo saber que era un pipiolo musical, este sonrió y con aires de superioridad declaró que tanto los alemanes como los italianos eran unos absolutos idiotas.

En otra representación conocí a Jean de Reszke, el famosísimo tenor de su época, y también de otras épocas ... incluyendo Caruso, que entonces todavía no existía. En aquel



momento ya era bastante mayor y se encontraba a punto de abandonar la escena. Con la excepción de Adolf Robinson en toda mi vida no he encontrado un artista con una autoridad tan extraordinaria y que creara en su entorno una especie de círculo mágico como él.

Jean de Reszke no se dejaba ver nunca por la calle, no se relacionaba con nadie y vivía con su hermano Edouard, el famoso bajo, en una suite de su Hotel. Cuando salía hacia el Teatro para cruzar el hall del Hotel se colocaba un pañuelo de seda sobre el rostro para que no lo reconocieran.. Nunca recibía a un periodista, de esto se encargaban su hermano y su secretario, él se rodeaba de un misterio que provocaban enorme atracción y curiosidad a la gente.

Cuando en 1907 fue mi profesor me contó esta estrategia y dijo que esto había contribuido en gran parte a crear su fuerza de atracción hacia el público. Sus ingresos llegaron a un punto increíble, ante ellos los de Caruso parecieron insignificantes. Cantó en el Metropolitan de Nueva York por la mitad de los ingresos brutos de la noche. Lo que esto representaba puede calcularse por la capacidad de 3.500 personas del Teatro y los altos precios que reinaban cuando él cantaba.

En Nueva York no logró verlo nadie; hasta las comidas se las servía su ayuda de cámara. Vivía en el Waldorf Astoria, encerrado en su habitación , una existencia que yo no hubiese sido capaz de resistir. Solo se le veía maquillado y vestido para la obra. Era el favorito de la Reina Victoria , que hacía que en Windsor, donde casi siempre residía, Jean de Reszke interpretase fragmentos de óperas en el Teatro del palacio.

Un día vino el secretario de la Ópera para preguntarme si podría cantar el “Faust” en francés.

“No, en francés no, solo en alemán.”

“¿Podría comprometerse a cantar mañana por la noche, en Windsor, la escena del jardín del segundo acto ante la Reina?”

“Naturalmente ... ¿Por qué no?”

“Pues prepárese, quizás podrá hacerlo usted en alemán, lo preguntaremos.”

Llegó el permiso, podía cantar en alemán.

Al mediodía siguiente salí para Windsor. La famosa y ya entonces algo mayor Nelly Melba era Margarita, Luise Homer, Martha Schwerdtlein, Edouard de Reszke, Mefistofele y yo Faust.

Todo marchó muy bien. Después de mi aria: "Seas saludado sagrado lugar", hubo un cálido aplauso, que debía ser iniciado por la Reina. Como no ensaye con la Sra. Melba, ya que en Londres todo funcionaba sin ensayo, y como para llegar a ser algo allí se debía proceder de buenos padres, me empujó de un lado para otro, me pellizcó en el brazo y me situó delante suyo para poder cantar de cara al público.

Cuando llegaron mis momentos quise colocarme tras ella para poder también cantar de cara al público, pero ella no lo permitió cuchicheando; "Restez s'il vous plait." Naturalmente no dejé que me manejara, enérgico cogí la dama de la mano y la coloqué delante como me era necesario, así tuvo que mirarme a la cara mientras yo cantaba, cuando termine volví a colocarme detrás y le dejé el campo libre. Al terminar me creí obligado a una disculpa, no dijo nada, al contrario me felicitó por mi bonita voz y por lo bien que había cantado mi aria.

Edouard de Reszke era un grandioso Mefistofele, un extraordinario actor con una magnífica voz de bajo, siempre he guardado un gran recuerdo sobre él.

He cantado con casi todos los Mefistofele más famosos. La impresión más fuerte me la causó Schaljapin el más importante intérprete de su tiempo. Lástima que como persona se encontraba casi siempre en estado de embriaguez y entonces podía convertirse en un siniestro muchacho. Más tarde tuve una buena amistad con él, ambos valorábamos mucho nuestro trabajo artístico, pero cuando estaba bebido era preferible no tener nada que ver con él.

## **EL HIJO: WALTER SLEZAK**

**(1902-1983)**

*Si la hija de Slezak siguió a su padre en la parte relativa al canto, el hijo, Walter, prefirió dedicarse al cine donde realizó -¡en Hollywood!- numerosas películas como actor secundario o relativamente secundario, exactamente igual que hizo su padre en Alemania una vez dejada la ópera. Padre e hijo interpretaban papeles singularmente parecidos. Las posibles implicaciones políticas que pudiera haber, no las conocemos, pero podría darse el caso, como en la familia Wagner de que un hermano estuviese a favor de los americanos (aliados), mientras la hija se situase junto a los alemanes.*

Walter Slezak realizó películas como "La Princesa y el Pirata" (1944) con Bob Hope y muchas otras, pero es en la titulada "People will Talk" (1951) donde trabajaba junto a Gary Grant, donde hemos de referir una anécdota de carácter wagneriano, por más que sea totalmente ajena al propio Walter Slezak. En dicha película Gary Grandt es presentado como director amateur de una orquesta de estudiantes y profesores, en la cual Walter Slezak es el contrabajo. Gary Grandt le pide a Slezak que toque su parte de contrabajo de la pieza que están interpretando que es la obertura académica de Brahms, lo cual causa un efecto singular al ser el contrabajo un instrumento que no acostumbra a llevar la melodía.

De la Asociación Wagneriana de Nueva Zelanda nos informaron que en dicha película hay una larga escena de amor, quizás unos diez minutos, cuyo fondo musical es la canción del premio de "Los Maestros Cantores". Un buen amigo logró encontrar una copia de dicha película y al ir a verla nos dimos cuenta con sorpresa que, pese a haber comprado dicha copia en Estados Unidos la película no sólo se podía ver subtitulada en castellano sino también doblada al castellano. Elegimos esta opción y, para nuestra sorpresa, no aparecía ni rastro de Wagner en la escena de amor, aunque nos pareció escuchar de manera casi imperceptible, algunas notas de la obra de Wagner

Como disponíamos en el mismo DVD de la versión original pasamos a la versión en inglés y ahí, efectivamente se podía escuchar la música de Wagner. ¿Que había pasado? Pues simplemente que la censura había suprimido dos cortos besos de los protagonistas y para que no se notase el corte, cambiaron el fondo musical desde el principio de la escena. Cuando en Estados Unidos decidieron incluir también en el DVD la versión española doblada, se percataron de que había una pequeña diferencia de duración y detectada la anomalía simplemente se limitaron a incluir los besos en el lugar donde originalmente estaban, de tal manera que exclusivamente durante los besos se pueden escuchar unos compases de los Maestros Cantores. Poco se podía imaginar el censor que su hábil manipulación sería descubierta gracias al DVD, pues de otra manera nunca se nos habría ocurrido pensar en la mano de la censura sino en un cambio en la banda internacional –la que lleva grabada música y efectos de sonido pero no voz- y que en muchas ocasiones es diferente en su versión española de la americana por haber "viajado por separado". En el DVD pudiendo pasar de una a otra en un instante fue posible detectar la tijera. Debido a algo a lo que, como ya hemos dicho, Walter Slezak fue totalmente ajeno, el hijo de

*famoso Leo, ha tenido cabida en estas páginas debido a este episodio insólito y deplorable.*

*Padre e hijo tenían un similar sentido del humor y la correspondencia cruzada entre ellos es de exquisita lectura. Para no alargarnos reproduciremos alguna de sus cartas, pero empezaremos por la propia descripción de Leo Slezak sobre sí mismo en el papel de padre:*

.”Al ver la autoridad que ejerzo sobre mis hijos puedo calificarme de padre moderno, ya que no ejerzo ninguna.

No tengo ningún talento para ser perro ladrador, además yo mismo necesitaría uno para que corrigiera continuamente mis imperfecciones, aun que probablemente no obtendría ningún éxito. Soy incapaz de describir el desconcertante camino que sigo como padre, y encima estoy corroído por la bilis.

Mientras el muchacho permaneció como aprendiz en un pequeño Banco, para aprender allí como embaucar a sus semejantes y para madurar lentamente como genio de las finanzas, le daba diez mil Coronas a la semana como semanada. El Banco no le pagaba nada, debía estar contento de que lo aguantasen. Su jefe me confesó, con el aire de estar sometido a tortura, que revolucionaba a su personal, que en los libros cambiaba de lugar el Debe y el Haber y que perseguía al personal femenino con deshonestas proposiciones. A pesar de esto, continuaba recibiendo diez mil Coronas como semanada.

Un día, de vuelta de un viaje de actuación como invitado, me esperaba en la estación, me besó radiante y feliz me cuchicheó al oído:

“Querido papá, puedes guardarte tus diez mil Coronas, ayer gané veinte millones en Bolsa. ¿Quieres un anticipo?”

Esto sucedía al terminar la guerra mundial, era el tiempo en que intentando educar a nuestros hijos, nosotros la vieja generación, teníamos que aguantar sin poder hacer nada.

La enseñanza en el Banco era también preocupante.

Un día lo llamó su jefe y le dijo campechano: “Querido Slezak, aquí tiene un billete de cien Dólares falso, usted posee un “savoir vivre”, mire con sugestivo palique si puede hacerlo pasar. Tendrá el diez por ciento de comisión.”

En diez minutos lo había colocado. En aquel momento esta era la base de su instrucción comercial. Cuando me enteré le reproché, le dije que esto era una infamia, él sonriendo

indulgente dijo: “Querido papá, con unos puntos de vista tan anticuados nunca llegarás a un resultado positivo.”

Por suerte esta instrucción como financiero no duró mucho.

Un día me confió que se dedicaría al cine, lo habían contratado para el papel protagonista de la película, “Sodoma y Gomorra”. Una nueva preocupación para mi.

Fue inútil oponerme, pero logré que al terminar la película mi amigo el Intendente de Chemnitz lo contratase como actor. También sin cachet, pero con la promesa de hacerlo trabajar duro y tenerlo bajo control, como si fuese su hijo.

Hizo varios pequeños papeles. Un día en una pieza muy seria le toco hacer el papel de un comisario criminalista. En el último momento apareció en escena con un aspecto que la gente estalló en carcajadas. Se había pegado una increíble nariz y una larga barba sostenida con una goma que al hablar se movía arriba y abajo.

Destrozó la obra.

Unos días más tarde recibí un telegrama:

“Walter ha escapado, gracias a Dios – stop – no se sabe donde – stop – fracasados todos los intentos de educarlo – stop - alivio en el conjunto – stop – cordialmente, Intendente.”

Entonces recibí una carta de mi señor hijo desde Berlín en la cual me comunicaba que era una estrella cinematográfica en la Ufa, y que no debía preocuparme.

Pues sí, precisamente ésto es lo que me preocupaba.

Entonces tenía 17 años, y a partir de este momento se mantuvo por sus propios medios.

Recibía buenos cachets, pero siempre estaba sin dinero.

Cuando una vez recibí una carta-sablazo, en la cual, a pesar de sus buenos ingresos, me pedía 600 Marcos, le escribí que recibiría 600 bofetadas, pero ni un Marco. Se sintió ofendido durante ocho días, después escribió que me perdonaba.

Algunas semanas más tarde debía actuar en Berlin como invitado. Me esperó en la estación y me abrazó feliz. Preocupado le pregunté: “Walter, ¿cómo estás económicamente?”

“Fantástico papá, puedo hacerte un cheque por cualquier cantidad, naturalmente el cheque no tendrá cobertura.”

Pero gracias a Dios ahora todo es correcto, se ha convertido en un buen muchacho.

Recibió un contrato para América y ahora es una bien retribuida estrella en el Broadway de Nueva York.

Así, el joven se ha salido con la suya.

(Carta del Walter Slezak a sus padres)

“¡Queridos padres!

Nuestro Show ha terminado.

Fue un gran éxito. Tuve que repetir mi canción cuatro veces. Ante ti no me atrevo a utilizar la palabra “cantar”

Tuve que hacerlo en inglés, alemán, italiano y de nuevo en inglés.

Fue una locura.

Ante mi canto todos dijeron unánimemente: “Quite his father!” Proteste en interés tuyo.

Que en Gräfenberg te vejaran de tal manera me dolió mucho, pero era por tu bien, a mi me es indiferente tener un padre gordo o delgado.

Aquí, en Baltimore hemos actuado en el Lírico donde tu habías cantado “Otello”. El portero del Teatro te manda saludos, dice que tu eras un “funny man” y que siempre le gastabas bromas. Recuerda que él entonces llevaba polainas blancas y que tu siempre le decías que estaba perdiendo sus calzoncillos, a pesar de haberte dicho 30 veces que eran sus polainas blancas.

Este Lírico es como una olla en ebullición, ya me alegro pensando en el Teatro refrigerado de Broadway donde el maquillaje no se escurre del rostro al vestido. Ayer holgazaneando, estuvimos en un bar clandestino y tomamos todo el whisky con soda que quisimos en tazas de café. A mi criado negro lo he llamado en honor tuyo, Otello, es un buen muchacho, un buen chofer ... todavía no se si me roba, esto dura bastante tiempo hasta que lo descubro.

Querido papá, se bueno, sigue a nuestra mami, no seas obstinado y da alegría a tus hijos.

Mi compañera es muy guapa, le he hablado mucho de ti, ya te quiere.

Yo también.

Esta aprendiendo alemán conmigo ... sin gramática. Ya sabe soltar tacos, y demás cosas impresentables en sociedad.

Es para comérsela.”.

**LA HIJA: MARGARETE SLEZAK**

**(1901-1953)**

*Así describe Leo Slezak los inicios de la carrera como cantante de su hija:*

“Nuestra gran preocupación era Greterl que durante todas estas horribles circunstancias debía permanecer en Berlín. Walter se encontraba en América y de vez en cuando, a través de la Cruz Roja, sabíamos que se encontraba bien. Seguía con firmeza su camino y hoy es mi prominente continuador en la edición de comics. A través de cartas y fotografías supe que había encontrado una encantadora mujer, rubia con ojos color violeta y que el buen Dios les había regalado una muchachita.

Tras cada mala noticia dada por la radio, anunciada con enervantes toques de tambores, llamaba con el corazón angustiado a Berlín para saber como estaba Greterl. Nunca había sufrido tantas angustias por mi hija, ni cuando como jovencísima muchacha se le metió en la cabeza ser violinista. Con una aplicación absoluta alcanzó la suficiente madurez para, a petición suya, dejarla actuar en mis conciertos.

En Heidelberg, a los doce años, recibió la primera bofetada al pintarse los ojos negros y los labios rojos. Pero no sirvió de nada, siguió pintándose. Primero a escondidas y cuando ya no pude abofetearla sin esconderse.

Cuando me pidió que la dejase estudiar canto se lo prohibí absolutamente. Ya era suficiente que yo hubiese pasado los sacrificios que nuestro magnifico pero cruel oficio exige, y quise ahorrárselos a ella. Pero también estudió canto a escondidas.

Y entonces un día leí en el periódico que el Lunes , Margarete Slezack, la hija del famoso etc. etc., debutaba en la “Goldene Meisterin” en el Teatro an der Wien. El consiguiente terremoto que se desencadenó le dolió, pero lo dejó pasar sobre sí encantada, ya que en ella vivía el Teatro. Que yo estuviese hecho pedazos y que no hablase ni una palabra con ella durante ocho días, no la molestó en absoluto.

Por deseo de Lisi nos dirigimos de incógnito al Teatro para escucharla. Emocionados nos sentamos al fondo del palco, nos cogimos de la mano sin decir una palabra. Por la noche cuando regresó del Teatro volvió a recibir de nuevo el primer beso.

La próxima vez hizo que la contrataran en secreto para cantar la Recha en una de mis actuaciones en Brünn. Yo cantaba el Eleazar. A mi llegada me comunicaron que habían logrado la participación de una invitada para ser mi pareja, y olvidé preguntar el nombre de la dama. Alguien puede calcular mi sorpresa cuando a mañana siguiente, en el ensayo, apareció mi propia hija como mi pareja. Para que habían servido mis rayos y truenos. Mi hija había heredado mi pasión por el teatro. Tras la representación la estreché

de nuevo emocionado entre mis brazos ya que había superado con buena nota su debut en la ópera, haciendo honor a nuestro nombre.

Mucho más grave fue la sorpresa y la preocupación cuando encontrándome invitado en Bremen, un día recibimos un cable desde las Azores: “Con mi propio conjunto me dirijo a una tournée por Buenos Aires – stop - no os preocupéis. Todo será magnífico.”

Nos dejó destrozados, esta vez tardó unos meses en recibir el beso ya que no vino antes a casa.

Mi Greterl tenía doce años y estaba inmersa en un fanático amor por la música con la que había crecido en casa. Cada representación operística a la que asistía se convertía en un gran acontecimiento. Estando nosotros de viaje fue con su “O” a ver “Tristan”. La pobre anciana, sentada allí sin entender nada se aburría soberanamente. Cuando en el segundo acto empezó el magnífico dúo: “Empieza la noche de amor”, cantado en un suave pianissimo, dijo en voz alta: “¡Greterl, mañana me daré un baño!”

La niña nos explicó más tarde llorando, como se sintió cuando la gente del entorno dejó oír unos sonoros “Ssssss” que la arrancaron de su éxtasis ....¡era tan bonito!

Siendo todavía colegiala un día asistió a una reunión y llegó a casa a las diez de la noche. En su mesita de noche encontró un papel: “Son las dos de la madrugada ... Greterl ... yo estoy aquí ... tu todavía no! ...”O”.

*Margarete Slezak se dedicó preferentemente a la opereta. No tuvo, como su padre, una voz excepcional, pero le apasionaba el mundo de la farándula y obtuvo en él reconocidos éxitos con famosas operetas como “Die Blume von Hawaii”, “Die Csardasfürstin” y otras. A la muerte de su padre, se dedicó a reunir los últimos apuntes del libro que estaba preparando, pues aunque ya había anunciado varias veces que un determinado libro era el último, no podía resistirse a escribir uno nuevo. En el último libro, prácticamente terminado pero que Slezak no pudo ver editado, su hija Margarete escribió el siguiente prólogo:*

“El 1 de Junio de 1946 Leo Slezak, mi padre, se separó de nosotros. Con la suerte de estar junto a él hasta el final me ha sido posible publicar su cuarto y último libro, en el cual trabajó hasta cuatro semanas antes de su muerte. Durante su larga enfermedad buscó con humor entre el tesoro de sus recuerdos. Cuando por las tardes se reunía entorno a su



lecho un grupo de amigos de distintas nacionalidades, contaba en varias lenguas y con una extraordinaria frescura, pequeñas historietas y bromas.

He titulado este libro “El Cuento de Hadas de mi vida” ya que la vida de mi padre, su terrenal existencia, su trabajo artístico, su inquebrantable humor – además de su conmovedora sencillez y cordialidad – ha sido calificada por todos los que lo conocieron como un verdadero “Cuento de Hadas”. Así creo que es correcto dar este título al libro, a pesar que mi padre no pudo llegar a hacerlo.

Yo lo acompañaba cuando esbozaba un capítulo tras otro en el tranquilo silencio de su cuarto de estar o en el florido jardín, bajo el susurro de los árboles que él mismo había plantado y había visto crecer. Vi como le brillaban los ojos cuando hablaba de los bellos días de su vida, y como se le llenaban de lágrimas cuando recordaba los amigos que ya habían desaparecido. Nos reíamos juntos cuando con su vis cómica comentaba ciertas vivencias y hablaba de sus amigos actuales. Cuando ahora trabajo reuniendo los recuerdos de mi padre, creo escuchar todavía su sonora voz.

Lo que nosotros, sus hijos, hemos llegado a ser, se lo debemos a él y a nuestra querida madre, cuya muerte fue el dolor más intenso de su vejez. En todos sus relatos esta viva la presencia de su querida “Lisi”. Con su propia mano le dedicó este último libro. Cuanto me habría gustado que le hubiese sido posible terminarlo.

En una soleada mañana de verano mi querido padre se durmió para siempre en mis brazos. Con la mente clara, sonriendo, esperando ver de nuevo la fiel compañera de su vida. Le dejamos que descansara a su lado.

Al reunir estas hojas vuelven a la vida su amor y su bondad. Este es su recuerdo final y el saludo a sus muchos, muchos amigos para los cuales era una imagen familiar y amada. También es un agradecimiento a su amistad y a la gran admiración que le dedicaron. Cuando los mire desde el cielo les hará un guiño y con su pícara sonrisa les dirá:

“Aun que no podáis escribirme las cartas que me escribíais en mis otros libros, cosa que tanto os gustaba, yo sentado en mi sillón de nubes disfrutaré de vuestras sonrisas y sabré que no me habéis olvidado.”. Margarete Slezak

*No podemos evitar quedar sorprendidos de la singular trayectoria de esa familia de artistas. Como digno colofón a esta insólita vida y a esta insólita familia, vamos a referir una anécdota muy poco conocida de Margarethe Slezak y que un miembro de nuestra*

*“Associació Wagneriana” ha tenido la amabilidad de enviarnos. Tras su lectura quedaremos todavía más sorprendidos de esa peculiar familia de artistas.*

## HITLER RESISTE EL EMBATE DE GRETL SLEZAK

Por Santos Bernardo

Tal vez una de las relaciones femeninas más sorprendentes de Hitler fue la que mantuvo con la cantante de opereta Gretl Slezak.

Margarete "Gretl" Slezak nació el 9 de enero de 1901 en Breslau, y era hija del por entonces célebre tenor operístico y posterior actor cinematográfico Leo Slezak. Se formó como soprano en Munich, y Hitler tuvo oportunidad de admirarla allí en los años veinte en el papel de la dulce y cautivadora vienesa protagonista de la opereta de Edmund Eysler *Die goldene Meesterin*. En 1930 trasladó su éxito a la capital alemana, y a partir de 1933 actuó de forma permanente en la *Städtische Opernhaus* berlinesa, hasta que en noviembre de 1943 el edificio cayó víctima de un ataque aéreo.

La relación personal entre Hitler y Gretl existía ya al menos desde 1932, aunque lo más probable es que se gestase antes. La cineasta Leni Riefenstahl menciona en sus memorias un encuentro con ambos en casa de Göring, que dataría de noviembre de 1932:

«Los invitados –entre cuarenta y cincuenta- me eran desconocidos. Se habló poco de política. El tema principal era el teatro y otros acontecimientos culturales. Con Hitler, cuya proximidad evitaba, intercambié pocas palabras. Estuvo sentado toda la noche en un pequeño sofá y conversaba intensamente con Gretl Slezak, la hija de Leo Slezak, una joven y conocida cantante con la que se decía que tenía amistad desde tiempo atrás. Yo la conocía únicamente de la escena y la había visto en algunas operetas. Era rubia, algo regordeta, pero poseía una hermosa apariencia con mucho temperamento» (1)

La relación se mantuvo posteriormente y una de las secretarias de Hitler, Christa Schroeder, entabló amistad con Gretl Slezak en 1935, a quien presumiblemente conoció por mediación de su jefe. Esta colaboradora de Hitler nos ha legado un más que colorido y detallado testimonio acerca de la relación entre ambos, y en concreto del día en que la atractiva actriz y cantante sometió a Hitler a un estrecho acoso íntimo del que éste saldría *ilesa* a duras penas.

Su relato acontece el domingo anterior a la entrada de Hitler en Austria (por consiguiente, estaríamos hablando del 6 de marzo de 1938). Hitler había invitado ese día a ambas mujeres a tomar el té. De entrada resulta ya significativo que no limitara la invitación a la dama cuyo encanto admiraba, sino que extendiera la misma a su habitual secretaria. El

hecho de que eludiese pasar la tarde a solas con Gretl Slezak y requiriera de una *carabina*, nos da fe no sólo de su sujeción a los más rígidos códigos de conducta en lo que al trato con el otro sexo se refiere, sino también de su afán por no dar pie a falsas expectativas o situaciones equívocas.

Merece la pena dedicar unas líneas a establecer el marco en el que tuvo lugar este encuentro. Tal como Schroeder señala, Hitler tenía decidido ya enviar sus tropas a Austria al cabo de seis días (2), y prueba del secretismo con el que llevaba sus asuntos es el hecho de que su secretaria no supiera nada de ello, pese a relacionarse cotidianamente con sus colaboradores más íntimos.

Es muy posible que la tensión propia de la apuesta a gran escala que se disponía a llevar próximamente a cabo, fuera la que le empujase ese día a buscar una compañía que le alejara de sus preocupaciones. Sin embargo no puede descartarse igualmente que su intención fuera la de dar una imagen dominical de completa indolencia, distraído con la intrascendente compañía de una célebre actriz de buen ver, de forma que nadie pudiera sospechar que estaba tramando los planes que menos de una semana después se iban a traducir en un vuelco del equilibrio de fuerzas en Europa.

La invitación a tomar el té iba a tener lugar en el Palacio Radziwill, un edificio del siglo XVIII anexo a la cancillería que estaba destinado desde tiempos de Bismarck al servicio del canciller, y que se convertiría en la residencia berlinesa de Hitler. Concretamente ante la chimenea de la denominada “sala de música”.

Hitler, que siempre sintió atracción por la vida bohemia de los actores, escuchaba divertido de boca de la célebre actriz los humorísticos cotilleos acerca de los últimos escándalos del mundillo artístico. El tiempo sin embargo iba pasando y no podían permanecer eternamente ante la chimenea, por lo que Christa Schoreder propuso a Hitler y a Gretl que continuaran la velada en su casa, lo que Hitler aceptó de forma instantánea.

Con ello daba cumplimiento a una promesa que le había hecho a su secretaria. En su momento había encargado a su arquitecto Albert Speer que procediera a construir cerca de la cancillería dos edificios de viviendas en estilo campestre inglés, al objeto de proporcionar alojamiento a los miembros de la escolta y del servicio de Hitler. Tres de esas viviendas se destinaron a las secretarías de Hitler, y éste le mostró a Christa Schroeder su interés por ver los apartamentos una vez finalizados.

Los tres se despidieron para quedar más tarde en la casa de Christa. Sin embargo, esta invitación en principio inocua iba a convertirse en el escenario en el que Gretl Slezak pondría en juego todas sus armas de seducción.

En primer lugar, había que preparar el terreno para crear la atmósfera apropiada. Gretl se presentó antes que Hitler y lo hizo acompañada de dos altos candelabros de plata de cinco brazos, que colocó adecuadamente al objeto de que el desprevenido Führer cayera bajo el mágico encanto de las velas.

Hitler llegó acompañado de un sirviente que portaba una botella de Fachinger. Cuando se quedó a solas con las dos mujeres, Gretl inició su ataque con la complicidad de Christa.

En palabras de ésta:

«Sentada junto a Hitler en el sofá inglés intentaba acariciar sus manos, pero Hitler la rechazaba tiernamente: “Gretl, usted sabe que esto no me gusta”. Aunque yo abandoné discretamente la habitación en varias ocasiones, Hitler siguió mostrándose reservado, y al cabo de unas horas los sirvientes pudieron recibir de nuevo incólume a su señor» (3).

No obstante la persistente seductora no cejó en su empeño. Prueba de ello y de lo muy alto que apuntaba, es que poco después hizo entrega a su amiga de una foto con la siguiente dedicatoria: “Tinchen [*nombre cariñoso con el que se refería a Christa Schroeder*], mi dama de honor, de tu Gretl”.

El siguiente intento del que tenemos constancia tuvo lugar en las navidades de 1938/9. Gretl le hizo entrega a la secretaria del Führer de una carta que debía entregar a Hitler en un momento en que éste se encontrase a solas. Ese momento tuvo lugar en el Berghof - su casa en las montañas del Obersalzberg- durante la festividad de fin de año. Mientras el resto de invitados se dirigían a la bolera subterránea para llevar a cabo la tradición alemana asociada a la fecha, consistente en fundir un pedazo de plomo y augurar el futuro del año venidero en función de la forma resultante, ella le retuvo en el gran salón y le hizo entrega de la misiva. Christa nunca llegó a saber el contenido exacto de la carta, pero en cualquier caso éste es fácil de entrever. Como veremos, la secretaria hizo cuanto pudo por lograr que su amiga llevara a Hitler a *los altares*, y brindarle por tanto la oportunidad de hacer valer su promesa de convertirla en su dama de honor. Con todo, lo más sorprendente es que la fiel celestina, enaltecida tal como ella reconoce por el suntuoso vestido que portaba, y en especial, desinhibida por estar algo achispada a consecuencia del festejo, no sólo le cantó a Hitler las excelencias de su amiga Gretl, sino

que también tuvo el desparpajo de desaconsejarle proseguir por su actual derrotero sentimental:

«¡La Eva no es buena para usted, *mein Führer!*». En lugar de tomarse a mal este comentario impertinente, me miró divertido y me dijo textualmente: “¡Pero a mí me basta!”» (4).

Sin embargo, las emociones no habían finalizado esa noche para Hitler. Eva Braun, dotada del sexto sentido que le había ayudado a imponerse sobre incontables féminas, advirtió que a sus espaldas se estaba cociendo algo en su contra, por lo que salió en busca de su disputada pareja:

«Ostensiblemente a Hitler esa noche de fin de año le divertía horrores mi esencia alcahueta, pues no dio muestra alguna de querer abandonar la sala. A todas luces habíamos estado demasiado tiempo a solas. Entonces apareció de repente Eva Braun en la sala, me miró muy reprobadoramente y le dijo enojada a Hitler: “¿Dónde estabas? ¡Todos te estamos esperando!”» (5).

El atribulado Hitler siguió a Eva Braun. No sabemos si ésta supo entonces de los intensos intentos por desbancarla que tuvieron lugar esa noche, pero las fotos de grupo nos muestran a un circunspecto Hitler y a una cariacontecida Eva, así como a una alegre Christa Schroeder.

\* \* \*

Por sorprendente que parezca esta historia, no tenemos argumento alguno para dudar de la misma. La amistad entre ambas mujeres está bien acreditada, y Christa Schroeder, una mujer por lo demás extremadamente rigurosa incluso para los bien conocidos estándares germanos, no perseguía con ella sensacionalismo comercial alguno, puesto que su libro de memorias (*Er war mein Chef*) apareció en 1985, un año después de su fallecimiento (6).

Sin embargo, lo más extraordinario de esta historia es el hecho mismo de que Gretl Slezak, una mujer sin duda inteligente que había logrado abrirse paso en los sinuosos y reñidos mundos del escenario, abrigase realmente la esperanza de convertirse en primera dama del Reich.

Su perfil ya de por sí no parecía ser precisamente el más prometedor. En 1938 tenía ya 37 años, y por atractiva que siguiera siendo difícilmente podía competir en belleza con veinteañeras como la propia Eva Braun, que a la sazón contaba 26 años. Su condición de mujer divorciada y madre de una hija tampoco parecía predisponerla para alcanzar tan

elevada y anhelada posición. No obstante, Gretl bien podía pensar que a fin de cuentas también el segundo hombre más poderoso del Reich, Hermann Göring, estaba igualmente casado con una actriz teatral divorciada. Por otra parte Hitler tampoco era un niño (le faltaba un año para cumplir la cincuentena), y ella podía defender, no sin razón, que lo que él precisaba a su lado no era precisamente una joven y escultural belleza, sino una mujer elegante y de indiscutible encanto, de gustos afines en lo artístico, y cuya experiencia en el mundo de la sociedad le permitiera representarlo y complementarlo de la forma más digna.

Sin lugar a dudas ella reunía todas esas cualidades, pero también contaba con un elemento añadido que ocasiona que esta historia raye en lo inaudito: Gretl Slezak era lo que en la época se conocía como *Mischlinge* de 2º grado, lo que traducido a Román paladino significaba que tenía *un cuarto de sangre judía*.

La madre de Slezak, la también actriz Elisabeth Wertheim, era hija de un banquero judío (otras fuentes sin embargo aluden a la abuela). Esto sin duda lo sabía Hitler. En tiempos del III Reich los *Mischlinge* de 2º grado tenían vedado el acceso a determinadas profesiones o precisaban de un permiso especial para ello, y sin la protección de Hitler resulta evidente que Gretl no habría podido proseguir con su carrera artística.

Una muestra de los numerosos testimonios contradictorios en torno a Hitler nos la proporciona Henry Pickert, una de las personas a las que Martin Bormann confió durante la guerra la transcripción de las conversaciones de sobremesa de Hitler. En el libro que publicó tras la contienda con el contenido de las mismas, comenta que Hitler rompió sus relaciones con Gretl Slezak en 1932 a causa de su ascendencia judía:

«En las navidades de 1932 las reflexiones de Hitler le determinaron a dejar languidecer su especialmente cordial contacto con la popular cantante de la opereta berlinesa Gretl Slezak. [...]. Había conocido a Hitler a través de la familia Goebbels. Era rubia, de ojos azules, una gran artista, llena de temperamento y cariñosa como una *Tschapperl* vienesa, por consiguiente una pareja tal como Hitler la soñaba para sí. Sin embargo no podía pasar por alto que entre sus abuelos hubiera una abuela judía, y que ella ni siquiera tratara de ocultarlo conforme a la época» (7).

Muy por el contrario, distintos testimonios confirman la continuidad del trato entre ambos. Tal es el caso del oficial de enlace de la *Luftwaffe* ante Hitler, Nicolaus von Below, que desde 1937 hasta el final perteneció al círculo de sus colaboradores habituales y compartió con él su día a día. En sus memorias alude a una reunión informal de su jefe

con Leo y Gretl Slezak, la cual tuvo lugar en Munich en febrero de 1938, y por consiguiente justo antes de la relatada cita en la Cancillería.

«En la “Casa del Artista” de la Lenbachplatz presencié una velada muy alegre y entretenida, en la que entre otros asistieron como sus invitados el cantante de cámara Leo Slezak y su hija Gretel» (8)

Otro testigo de la época, el príncipe Friedrich Christian zu Schaumburg-Lippe, que sería ayudante personal del ministro de Propaganda Joseph Goebbels, nos corrobora la estrecha relación que unía a ambos:

«Es un hecho que Hitler contaba a los Slezak entre sus amigos íntimos. He visto a Margarete docenas de veces junto a Hitler; siempre estuvieron entre ellos alegres y divertidos. [...]. Después de la guerra la visité a menudo en su hermosa casa de Egern am Tegernsee. Ella siempre fue una gran partidaria de Hitler y no hacía ningún secreto de ello» (9).

Heinrich Hoffmann, fotógrafo personal y amigo de Hitler, alude de forma más concreta al desinterés de éste hacia el origen racial de la artista:

«Otro caso semejante, el de Gretl Slezak. Hitler veía en ella no solamente la hija del gran cantante a quien admiraba, sino también una mujer inteligente y de claro criterio. Era una de las huéspedes habituales de la casa de Munich; más tarde fue invitada a todas las recepciones oficiales dadas en Berlín para los artistas. Goebbels, que estaba al corriente de las cordiales relaciones que la unían a Hitler, no se atrevió a poner abiertamente en tela de juicio su origen ario» (10).

Gretl Slezak no logró convertirse en la esposa de Adolf Hitler, y se casaría finalmente en 1941 con un músico seis años más joven que ella, el tenor, compositor y director de orquesta Paul Winter (11). Tras la guerra retomaría su carrera de actriz interviniendo en varias películas, falleciendo prematuramente el 30 de agosto de 1953 en su casa de la localidad bávara de Egern am Tegernsee.

## **NOTAS:**

(1).- Leni Riefenstahl, *Memoiren*. Albrecht Knaus Verlag. Munich/Hamburgo, 1987. Pág. 181.

(2).- En sábado, el día preferido para lanzar sus golpes sorpresa de alcance internacional. Cuando al lunes siguiente las cancillerías de las principales potencias pasaban a analizar la situación, debían enfrentarse ante un hecho consumado 48 horas atrás.



- (3)- Christa Schroeder/Anton Joachimsthaler: *Er war mein Chef*. Herbig Verlag. Munich, 4ª edic. Pág. 161.
- (4)- Christa Schroeder/Anton Joachimsthaler. Op. cit. Pág. 191.
- (5)- Christa Schroeder/Anton Joachimsthaler. Op. cit. Pág. 191.
- (6)- No confundir el mencionado libro con las “memorias” atribuidas a ella y publicadas por Albert Zoller en 1949 bajo el título de *Hitler Privat*, obra de la que renegó al no reconocerla como propia en su integridad, y que por tanto hubo de ser publicada omitiendo su nombre (ver al respecto *Er war mein Chef*. Op. cit. Pág. 18-24).
- (7)- Dr. Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*. VMA Verlag. Wiesbaden, 1983. Pág. 288.
- (8)- Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant. 1937-1945*. Von Hase&Koehler Verlag. Mainz, 1980. Pág. 83
- (9)- Friedrich Christian Prinz zu Schaumburg-Lippe, *War Hitler ein Diktator?*. Naturpolitischer Verlag. Witten, 1976. Pag. 80.
- (10)- Heinrich Hoffmann: “Yo fui amigo de Hitler”. Edit. Luis de Caralt. Barcelona, 1955. Pág. 197.
- (11).- Con tal motivo Hitler le regaló en junio de 1941 una lujosa edición en ámbar del “Mi lucha” con la siguiente dedicatoria: “A *Frau* Margaret Slezak, con los más cordiales deseos de felicidad en su matrimonio. Adolf Hitler”. En el 2006 la tienda de antigüedades Hermann-Historica lo sacó a subasta al precio de 12500€.

## CONCLUSIÓN

*Se disculpará que hayamos acabado estas memorias de Leo Slezak con un tema poco wagneriano, sin embargo atendiendo al hecho de que Hitler era gran admirador de Wagner y al también no menos relevante hecho de que los nombres de Hitler y Wagner van con demasiada frecuencia juntos siempre que aparecen en la prensa o en conferencias, hemos considerado que esta sorprendente historia también podía tener cabida en nuestra revista.*

*Terminaremos las memorias de Leo Slezak con las cálidas y emocionantes palabras que utilizó el inolvidable artista como su despedida. Ellas resumen de manera admirable su personalidad, jovial pero no superficial. Y muestran de manera patente el amor a sus hijos y a su esposa. ¿Es posible escribir algo más bello?*

¡Mi Greterl, mi Walter!

A pesar de mi falta de palabra, y cómicas afirmaciones de haber escrito mi acorde final, he cogido de nuevo la pluma.

Esta vez me ha obligado a ello una angustiosa pena. Hace dos años que me abandonó mi amada esposa. Hasta ahora he vegetado sin fuerzas ni ánimos para seguir viviendo. Pero finalmente he llegado a la convicción que todo debía suceder así, que el buen Dios no me ha abandonado, sino que por este infinito dolor me conduce hacia donde se encuentra la realidad donde finalmente debe llegarse, y que ella ha pasado delante para prepararme el camino hacia la perfección eterna donde se dará nuestra definitiva unión.

¿Qué son algunos años de vida – aunque sean muchos – contra la infinita eternidad? Allí se encuentra la definitiva e interminable felicidad, la unión de dos personas que se pertenecen el uno al otro, que han nacido para estar unidos y que la muerte no puede separar. Cuanto tiempo deberé permanecer aquí hasta que ella pueda acogerme ... cuanto tiempo tardaré para ser digno de ella, no lo sé. Estoy preparado en cualquier momento, preparado con alegría ya que sé que esta última partida es la entrada a una inimaginable dicha suprema.

Vale la pena superar esta espera.

En mi soledad actual he querido revivir de nuevo lo que pasé a su lado, en su corazón.

Me da igual si la cosa ha funcionado, no lo sé. Esto va destinado a vosotros, para vosotros será un recuerdo, para mi una liberación.

Queridos hijos os agradezco desde mi corazón de padre que seáis tan buenos conmigo, que me queráis, que me ayudéis a soportar el dolor de mi corazón y de todo lo que habéis intentado concederme leyendo mis deseos en mis ojos. Sois sus hijos, no podíais ser de otra manera. Dios os lo premiará.

Lo que aquí he escrito os debe dar la imagen del bello cuento de hadas de mi vida que sus manos me depararon. Una rica vida poco corriente es la que se me ha ofrecido, en la cual todo lo bello, estimado y magnífico me ha sido ofrecido por ella. Ella ha sido la mayor bendición que Dios puede ofrecer a una persona. De que me habrían servido los magníficos dones que el querido Dios, en su bondad, me ha otorgado, mi voz, mi talento y todo lo demás, de que me habrían servido si ella con su amorosa atención, su sensibilidad artística, su profunda formalidad y su incansable trabajo no hubiese cuidado y protegido mi maravilloso oficio.

Ella fue siempre mi conciencia artística, no dejando que desfalleciera en mi trabajo. Todo lo que he logrado en mi vida se lo debo a ella.

De esta manera he querido contaros los recuerdos del maravilloso tiempo en que todavía la tenía a mi lado, cuando cada día podía darle las gracias por estar allí, por existir tal como era y que me perteneciera durante una aparente larga vida, en realidad - ¡ay! – tan corta. Con un corazón desbordante agradezco a Dios tal gracia.

Vuestro padre.

El Slezack ha muerto.

El más dotado e “insólito”  
de todos nosotros.

Así, Tú finalmente lo has devuelto a casa.

Así, Tú finalmente lo mantendrás en paz.

Tu viejo Olaf.

Nota: Comentarios de Jordi Mota. Traducciones del alemán de las “Memorias” de Leo Slezak: Rosa María Sanfont. Autor del artículo “Hitler resiste el embate de Grelt Slezak: Santos Bernardo.